

vos, y confieso que el pobre señor me parece que ha tenido buenas razones para ello. Yo os suplico pues, Milord, que no volvais mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle cometer una tontería.

A pesar de la severidad de Sor María, no pudo ménos Lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla en solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla; pero ella estuvo inflexible. Él la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veía que esta seguridad le daba, le dijo, que podia enviar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, que se encargaria de dárselas ella misma.

Lord Mortimer comenzó á temer seriamente que el capitan Fitzalan hubiese exigido de su hija que renunciase á él enteramente; y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba, de que en este caso nada podria persuadir á Amanda á faltar á una promesa que habria hecho á su padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas; pues que escribiendo á Miss Fitzalan no podria recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva ra-

zon para convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

CAPITULO V.

Amanda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion; á las fagitas y á los disgustos; sucumbió á su violencia, y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habérsele declarado calentura. Todas las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fueron ayudados por un médico hábil establecido en una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitan Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispuesta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. El no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospechó, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad, pues Lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los auxilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Este la veia regularmente, y se quedaba mucho tiempo con ella; y como era amable é instrui-

do, su conversacion contribuia á levantar á Amanda de su abatimiento. Despues de algunos dias se le dió otro aposento en el piso llano del jardin. Desde allí apoyada sobre el brazo del buen doctor ó de alguna religiosa, hacia algunas veces un paséo. Instruido Lord Mortimer de su convalecencia, creyó que podia pedir el permiso de ir á verla, y le escribió la siguiente carta:

„Lord Mortimer presenta sus memorias
 „á Miss Fitzalan, y se promete que ella le
 „dará su permiso para ir en persona á ex-
 „presarle la alegría que siente del restable-
 „cimiento de una salud que le es tan querida.
 „El no créé que ella pueda rehusarle esta
 „súplica tan razonable, y aun se persuade
 „que no vacilará un momento en concedér-
 „sela, si puede formarse una idéa de la in-
 „quietud que ha sentido por ella y de la que
 „continuará sintiendo hasta que le haya ex-
 „plicado algunas expresiones de su última
 „conversacion.—Carberry—Castle 10 de ma-
 „yo.”

Esta carta dió mucha pena á Amanda. Ella habia esperado ahorrarse en adelante el disgusto de negarse de nuevo á las visitas de Mortimer. Veia que su carta hacia alusion á lo que le habia dicho de la promesa hecha á su padre; y conociendo el carácter impetuoso y sensible de Mortimer, se figuraba las agonías que expe-

rimentaria cuando reconociera que ella miraba esta promesa como inviolable. Sentia la desgracia de Mortimer mas vivamente que la suya. Formado su corazon en la escuela de la adversidad, podia soportar sus disgustos con alguna calma; pero Mortimer no tenia este recurso, y Amanda lloraba por el destino de un amor tan tierno, tan fiel y tan destituido de esperanza.

Amanda suplicó á Sor María que dijese al mensajero, que ella no recibia visitas; que como estaba bastante aliviada, no se tomase mas la pena de enviar á saber noticias suyas, ni de escribirle, pues no podia contestarle. La superiora, que se habia hallado presente cuando recibió la carta, alabó mucho su valor y su prudencia. Amanda, despues de su conversacion con Lord Mortimer, que la superiora habia oido, creyó deberla instruir de todo lo que habia pasado entre ellos; y la superiora, que dudaba aun que las miras de Lord Mortimer fuesen tan honestas como decia, creyó que Amanda se conducia sábiamente rehusando recibirle.

Al dia siguiente por la mañana el doctor vino como acostumbraba. Este dijo á Amanda que le habia traído un libro divertido, cosa que no se le podia proporcionar en Santa Catalina, y que como ella le habia manifestado muchas veces el sen-

timiento de no tenerlos, le habia traído uno de su biblioteca, que era numerosa y esojida.

El no le habló del libro ni se lo entregó sino al partir, diciéndole que encontraría en él cosas dignas de su atención. Luego que Amanda estuvo sola, le abrió, y se admiró muchísimo de ver caer de él una carta. Ella la recojió, y conociendo por el sobrescrito la letra de Mortimer, vaciló si la abriría. Con todo, devolverla sin abrir era una injuria que no la merecía Mortimer. Rompió, pues, la nema con una mano trémula y el corazón palpitante, y leyó lo que sigue.

„¡Cruel Amanda! ¡Reducirme á usar de „extratagemas para escribiros, y destruir „la dulce esperanza que tenia de recibir „próntamente la indemnizacion de todos mis „sufrimientos! ¡Debo, pues, ser siempre víc- „tima de la incertidumbre y de las inquietudes sobre vuestros sentimientos hácia mí? „Estoy destinado á ver sin cesar sucederse una dificultad á otra, y un obstáculo á una esperanza engañada?

„No se os puede ocultar la inquietud „que han debido darme algunas expresiones oscuras de vuestra última conversacion; y sin embargo, rehusais explicármelas; luego vos no me teneis ninguna lástima. „No sería mas generoso permitirme una „conferencia en la que obtendría de vos

„esta explicacion, que tenerme en tan penosa incertidumbre? pues vale mas que „uno conozca toda su desgracia. Puede „ser tambien que os convenceria de que „la virtud en esto, diferente del vicio, tiene sus límites, y que uno puede llevar „con demasiado rigor las leyes del honor „y de la generosidad, y sacrificar la verdadera felicidad á unas idéas quiméricas „de virtud. Ciértamente no mereceria ser „tachado de presuncion, diciendo que si los „sentimientos que Amanda me ha manifestado no se han debilitado, desechando mi mano, no es á mí solo á quien hace „desgraciado.

„¡O mi querida y demasiado escrupulosa Amanda! no perseveréis un momento „mas en una resolucion tan contraria á vuestra dicha. En la situacion en que os hallais, necesitais de la proteccion de un „esposo. Jóven, inocente y bella, objeto ya „de persecuciones insolentes: vuestros naturales protectores, vuestros parientes son „vuestros mayores enemigos; y vuestro „hermano, jóven aun y sin estado, no puede „estar á vuestro lado para defendéros. En „tal situacion todas las desgracias os amenazan. Evitadlas refugiandoos en los brazos de un amigo, de una fiel guardia y de „un esposo. En medio de tantos peligros „la obligacion de guardar una promesa de „dejarne, no puede sostenerse, cuando se

„considera que los motivos que han podido conducir á exigirlo de vos, no subsisten ya. El capitán Fitzalan, ofendido de la carta de mi padre, ha extendido su resentimiento hasta el hijo, sin reflexionar en las consecuencias que esta medida podia tener en vos misma. Este es el solo motivo que haya podido tener para exigiros tal promesa; y si yo hubiese llegado mas á tiempo para hacerme entender, estoy persuadido de que lejos de oponerse á nuestra union, la habria autorizado y bendecido, y habria dado su hija á un hombre, cuya firme resolucion habria sido su vivo reconocimiento por un don tan precioso.

„Vos no podeis ni debeis ser inflexible, y espero que despues de haber leído mi carta, me permitiréis venir á vuestro lado para recibir la confirmacion de mis esperanzas. En todo quanto respecta á nuestra union, yo me dejaré conducir por vos, excepto en la tardanza que quisierais. Todo quanto ambos hemos sufrido ya me vuelve dóblemente impaciente de veros mia entéramente, por temor de que algun otro infame complot no venga aun á separarnos.

„¡O Amanda! esta esperanza, aunque lejana, de veros llamar mi esposa, llena mi corazón de una felicidad que lengua alguna puede expresar. ¡Por qué rehusais

„za de estos motivos, que todas las ocasiones que me hallo en estado de escuchar la voz de la razon, me persuado que, aun cuando no hubiese hecho tal promesa, deberia rehusar vuestras proposiciones; pues aunque pudiese arrastrar muchos inconvenientes por vos, no soportaria jamas indignidades. Es preciso pues separarnos, Milord. El Sér Supremo nos ha trazado dos diferentes caminos en el viaje de la vida: la vuestra será agradable y fácil, si por inútiles pesares vos no trastornais las intenciones de la Providencia: la mia será penosa y sembrada de espinas, pero una y otra nos conducirá al mismo fin, en el que nos reuniremos para nunca mas separarnos.

„No me creais, Milord, ingrata y cruel con vos: mi corazón desmentiria esta injusta acusacion; siente toda vuestra ternura y toda vuestra generosidad. Si, Milord, os lo confieso, ningun dolor del alma puede ser mas vivo y mas penetrante que el que experimento combatiendo así mis sentimientos; pero quanto mayor es el sacrificio, mayor mérito tengo en sujetarme á él. El testimonio interior de mi conciencia es el solo consuelo que puede endulzar las penas que encontraré en la vida.

„Yo espero, Milord, que no intentaréis verme; pues vuestras visitas me ofenden.

„rian. El santo y solitario asilo en el que
 „me he retirado, me defenderá de la mal-
 „dad de los hombres que persiguen mi
 „honor y mi reposo. ¡Ah! necesito que al-
 „gun poder benefactor vele al derredor de
 „mi. Privada como me hallo de aquellos
 „de quienes tenia derecho á esperar pro-
 „teccion, debo poner en mi conducta la
 „mas escrupulosa circunspeccion. Oscar, mi
 „desgraciado hermano, que habria sido mi
 „defensor natural, está léjos de mí sin sa-
 „ber donde se halla, perseguido por el mons-
 „tro que ha sido para mí el manantial de
 „tantas desgracias. ¡Ah Milord! cuando pien-
 „so en la triste situacion en que tal vez
 „se halla, mi corazon sucumbe á esta idéa.
 „¡Ah! ¡qué no sea yo sola el blanco de la
 „desgracia! yo la sufriria con mas animo-
 „sidad; pero no quiero perder toda espe-
 „ranza por mi querido Oscar. La Providen-
 „cia que ha salvado á su hermana, que
 „le ha enviado amigos en su auxilio en
 „los momentos en que parecia estar aban-
 „donada del mundo entero, velará igualmen-
 „te sobre él. Yo he abusado, Milord, de vues-
 „tra paciencia entregándome á tantos detalles;
 „pero he querido explicarme sin reserva,
 „para evitar toda ulterior corresponden-
 „cia. Vos conoceis mis resoluciones, y co-
 „noceis tambien los sentimientos á los que
 „estoy obligada á resistir. Por piedad ahor-
 „radme de tan penosos combates. Sean pa-

„ra siempre la paz y la dicha que mere-
 „ceis vuestro tesoro. Guardaos, Milord, por
 „ver desconcertadas algunas de vuestras
 „miras, de desconocer y olvidar los otros
 „bienes que están bajo vuestro poder, y
 „se presentan á vuestra fruicion. Llenad
 „las esperanzas que vuestros amigos y vues-
 „tra patria han concebido de vos; manifes-
 „tad que mereceis los favores de que la
 „fortuna y el nacimiento os han colmado,
 „y desterrad de vuestro corazon los pesa-
 „res inútiles. A Dios, Milord; no tengais
 „inquietud alguna por mí. Si el cielo pro-
 „longa mi vida, encontraré fácilmente un
 „asilo oscuro, en donde al abrigo de un
 „mundo malvado y corrompido, dando tes-
 „timonio de haber seguido en mi conduc-
 „ta las leyes del honor y de la virtud, gus-
 „taré la felicidad que da la paz de una
 „buena conciencia, felicidad que las vicisi-
 „tudes de la vida no la harán jamas per-
 „der, á lo que espero, á

AMANDA.

Santa Catalina 12 de mayo.

Envió esta carta por un viejo empleado
 en el jardin de las religiosas; pero despues
 de haberla escrito se encontró tan agitada,
 que se vió obligada á meterse en cama. Mi-
 raba esta carta como el último á Dios á
 Mortimer, y esta idéa era demasiado pe-
 nosa para que la superase con valor. La

pasion que le tenia Lord Mortimer, era profunda y tierna; pero él la disminuira luego en el torbellino del mundo. Debia esperarse verle llevar su afecto á alguna otra muger igual á él en calidad y fortuna, que le haria pròntamente olvidar su primera pasion. Su corazon se oprimia á este pensamiento y derramaba abundantes lágrimas, se acusaba entònces de inconstante en sus sentimientos; ella habia pensado y aun dicho muchas veces, que si Mortimer podia recobrar la dicha, ella misma disfrutaria mas tranquilidad; y ahora que acababa de tomar los medios para volver la paz á Mortimer, no era sino mas desgraciada. Se acusaba de personalidad, deseando la prolongacion de una pasion sin esperanza por Mortimer, y de debilidad sintiendo que llevase á otra parte un afecto al que ella ya no podia corresponder.

Para desviar tan penosos sentimientos creia deber desterrar de su memoria á Lord Mortimer; pues á ménos de conseguirlo jamas encontraria el valor necesario para entregarse al trabajo que su situacion iba á exigirle para proveer á su subsistencia; pues el pan de la pereza y el de la servidumbre no podia ménos de serle amargo.

Cosa de una hora habia permanecido sobre su cama, y habia vuelto á la sala, cuando Sor Maria entró en su cuarto y le en-

tregó una carta. Antes que hubiese mirado el sobrescrito, su corazon agitado le anunciaba de parte de quien venia; pero titubeó un momento si la abriria. Sin embargo, se decia á sí misma, no hay inconveniente alguno; pues no puede creer, despues de lo que le he declarado, que pueda alterarse mi resolucion. El seguramente me escribe para decirme que se conforma. La religiosa la dejó en el momento en que estaba deliberando si abriria la carta, al fin se resolvió á abrirla y la leyó.

A Miss Fitzalan.

„Inexorable Amandal Quiero ahorraros
 „en adelante y aun á mí mismo nuevas
 „importunidades. Solo me limito á suplicas
 „ros que no dejes á Santa Catalina en tres
 „meses, ó que si esta mansion os disgustase,
 „me hagais saber al dejarla á donde iréis.
 „Antes que haya pasado la mitad de este tiempo,
 „espero que os podré dar las razones concluyentes
 „de esta súplica que os hago. Voy á dejar al instante
 „Carrery-Castle, y parto mas tranquilo de lo que os
 „podeis imaginar despues de lo que últimamente
 „ha pasado entre nosotros, con tal que quierais obligarme
 „concediéndome esta única y última súplica.

Mortimer.

Esta lacónica carta admiró á Amanda. Veia en ella evidétemente, que Lord Mortimer habia recobrado alguna tranquilidad, pero no tomando la resolucion de renunciarla, sino por el contrario con la esperanza de volverla á ver de un modo agradable á los dos. Al principio se halló feliz con esta idéa; pero su alegría cesó prontamente, quando vino á reflexionar que esta esperanza de Mortimer era imposible que se realizase jamas. Sabia que el carácter ardiente y confiado de Mortimer podia desviarle facilmente y resolvió no dejarle arrastrar de él. Tampoco podia formar congetura alguna sobre lo que él habia pensado; pero sean cuales fuesen sus proyectos, creia firmemente que serian desconcertados. Rehusar todas sus súplicas le parecia cosa dura, pero creyó que sobre todo no debia ceder á la última. Sabia que extraviándose una vez de la linea que la prudencia le trazaba, podia arrojarse en unas dificultades, que seria imposible salir de ellas. Bajo este supuesto con mano trémula le dió la siguiente respuesta.

Milord.

„Yo no puedo hacer lo que exigis de mí. Podeis llamarme cruel é inexorable; pero prefiero incurrir en la reconvencion de obstinada, que de imprudente, y merecer vuestras reconvenciones, que las mias. Yo misma ignoro quanto tiempo pe-

„dré quedarme aun en Santa Catalina; pero quando deje esta casa, no os prometo instruiros del parage donde me retirare. No está en vuestro poder vencer los obstáculos que han hecho necesaria nuestra separacion, y hasta que fuesen superados seria extravagante é imprudente aproximarnos. Estoy muy contenta de que dejeis el castillo; me alegro tambien, sin causarme sorpresa, de ver que estais mas tranquilo. Yo espero de vuestra razon que combatiréis valerósamente y con éxito contra inútiles pesares; y os suplico, en cambio del placer que recibo de saber que habeis recobrado vuestra tranquilidad, que no turbeis la de

Amanda Fitzalan.

Apénas habia cerrado la carta, quando la llamaron para ir á comer; pero no pudo pasar bocado. El esfuerzo que habia hecho para contestar, y la agitacion que le habia dado la carta de Mortimer, habian extenuado sus fuerzas. Las religiosas se retiraron despues de comer, y la dejaron sola con la superiora. Ellas se atababan de marchar, quando compareció el viejo jardinero que volvia de Carberry-Castle, donde habia llevado la carta de Amanda. Despues de haberle dicho que él mismo la habia puesto en manos de Lord Mortimer, añadió manifestando algun temor de que

lo que iba y decirle no le causase alguna pena, que Lord Mortimer no le habia dado respuesta alguna, ni de palabra ni por escrito, aunque esperó mucho tiempo; pero que sin duda iba de prisa, pues su coche estaba dispuesto para conducirle á Dublin.

Amanda se derritió en lágrimas luego que hubo salido el jardinero. Veia que habia escrito por última vez á Lord Mortimer, y no podia detener esta expresion de sus sentimientos. El abandonaria la idea de volverla á ver jamas, cuando conociera que las esperanzas de que se lisonjeaban eran imposibles de realizarse.

La superiora sentia tambien todas las penas de Amanda. Sabia no por experiencia propia, sino por las observaciones de los demas, cuán seductora y peligrosa criatura es un hombre para una muger, y cuán difícil es á un corazon jóven desembarazarse de los lazos de que ha sido aprisionado. Hubiera deseado curar la herida de su jóven amiga; pero no esperaba verla cicatrizada tan pronto. Solo el tiempo y el cuidado que iba á tomar de fortificar las resoluciones de Amanda, le daban alguna esperanza de conseguirlo.

Dos horas habian pasado despues que el comisionado habia vuelto de Carberry-Castle, cuando Sor María entró en el aposento con un grande paquete que entregó á

Amanda, diciéndole que lo acababa de recibir de un criado de Lord Mortimer, que habia vuelto á marchar á caballo en el momento mismo en que se lo habia entregado.

Sor María no hizo escrúpulo de decir que tenia curiosidad de saber lo que contenia tan grande paquete. La superiora la riñó dulcemente de su curiosidad, y se la llevó al jardin para dejar á Amanda el tiempo y la libertad de abrirle. Ella se sorprendió al romper la nema de encontrar una hermosa cartera blanca, en la cual habia una carta sin cerrar que decia así:

A Miss Fitzalan.

„Cuando recibiréis la presente no podréis „ya devolvérmela, pues habré partido ya. „Vuestra laudable grandeza de ánimo de „be impediros vacilar en hacer uso de lo „que encontraréis en la cartera; pues es el „solo medio de ahorraros deber obligaciones de esta especie á unas personas que „os son entéramente desconocidas. Aun „que despedido como amante, tengo ciertamente el derecho de ser mirado como „amigo, y yo me contentaré con este título, hasta que tenga derecho de tomar otro, que me será mas querido. Vos „direis sin duda que soy visionario, novelero, conservando esperanzas que tantas „veces me habeis declarado imposibles de

„realizarse; pero para hacérmelas abandonar, son necesarios otros argumentos, mi querida Amanda. Yo he sentido un extremo pesar al saber por la carta vuestra de esta mañana las desgracias de vuestro hermano. La sangre hierve en mis venas de indignacion contra el monstruo, que segun vuestra expresion ha sido para los dos el manantial de tantos males. Voy á ocuparme sin intermision en descubrir en qué há parado Mr. Fitzalan, y cual es su situacion, y espero conseguirlo dirijiéndome á los agentes y oficiales de su regimiento. No tengo necesidad de deciros que en seguida le serviré con todo mi poder. Estad segura que sabreis prontamente el suceso de mis diligencias en este asunto, lo mismo que en otra empresa que pertenece á otra persona que me es mas querida. A Dios, mi querida Amanda. Os suplico de nuevo no dejéis á Santa Catalina hasta pasadas algunas semanas. Me parece que para un asilo pasagero no podreis encontrar otro mejor; y como á mi vuelta á Irlanda mi impaciencia de veros será extrema, me pondriais á la desesperacion, si me fuese preciso buscaros. Vos me habeis negado esta súplica; pero yo puedo insistir cuando os doy mi palabra de honor de que no os suplicaré veros otra vez, á menos de que nuestra reunion pueda ser

„agradable á uno y á otro, ni procuraré presentarme á vuestra presencia á pesar vuestro. En fin, creed que suceda lo que sucediere, seré siempre vuestro fiel

Mortimer.

„¿Qué quiere decir? exclamó Amanda. ¿Qué plan puede tener para remover todos los obstáculos que nos separan? El parece que no duda del éxito. ¡O Dios! favoreced sus esfuerzos. Tambien parece que habla de volver á Irlanda. Me dice que son necesarias otras pruebas, á mas de mi conviccion, para hacerle mirar sus esperanzas como quiméricas. Seguramente no tendrá la crueldad de inspirarme una esperanza que él mismo no creyese muy fundada. No, no, mi querido Mortimer, yo no os miraré como un espiritu visionario y fabuloso, sino como el mas amable y mas generoso de los hombres; pues que por la pobre Amanda continuáis en arrostrar obstáculos, y en hacer los mayores sacrificios. Tambien se penetró vivamente de verle darse tanta diligencia para buscar y servir á Oscar. Por este medio esperó ver prontamente á este hermano querido, ó saber á lo ménos noticias suyas; pues estaba bien segura de que Lord Mortimer no descuidaria nada para darle esta satisfaccion.

En seguida examinó la carreta, y en ella

encontró en pequeños billetes de banco doscientas libras esterlinas, presente considerable, pero ofrecido con bastante delicadeza para que ella no se hiciese escrúpulo alguno de recibirlos. Sin embargo, se decía á sí misma incierta de qué rumbo llevarían sus cosas entre ella y Mortimer, no debía tenerle obligaciones pecuniarias; pero reflexionando en la nobleza del modo de pensar y la delicadeza de Mortimer, conoció que lo agraviaría cruélménte si le devolvía el presente. Y así se resolvió á guardarle, privándose en adelante de recibir cosa alguna de él.

Este socorro en efecto le era muy necesario. Despues de haber pagado los gastos de los funerales de su padre, la gente que habia alquilado y el boticario, solo le quedaban veinte guinéas, de las cuales la mitad podian ser miradas como debidas á las hermanas de Santa Catalina, á quienes su pobreza no permitia añadir cosa alguna á sus gastos ordinarios.

Ella habia resuelto obligar á las hermanas á aceptar esta pequeña suma como una corta muestra de su agradecimiento á los cuidados que habian tenido por ella, y en seguida contaba retirarse á alguna cabaña de la vecindad, en donde sus gastos serian mas proporcionados al estado de su fortuna, hasta que su salud estuviera restablecida, para que pudiese ganar

su vida; pero se estremecía al solo pensamiento de dejar á Santa Catalina, y de ir á vivir entre paisanos groseros. Era para ella exponerse á un mar borrascoso, sin medio alguno de resistir á la tempestad.

Lord Mortimer la habia puesto en estado de diferir su salida de Santa Catalina, y se resolvió á quedarse aun allí durante el tiempo que él le pedía, y seria suficiente para terminar sus incertidumbres, que si entónces los separaban sus destinos, ella habria recobrado su salud en términos de poder entregarse al trabajo que su situacion exijia. Corrian de sus ojos lágrimas de reconocimiento y sensibilidad, cuando pensaba en aquel que aliviaba su corazon del peso de que estaba oprimido.

Al fin se acordó que la superiora se habia retirado al jardin por complacencia suya, y que sin duda esperaba que la llamasen. Enjugó pues sus lágrimas, y doblando la carta que estaba mojada con ellas, se fué al jardin con la resolucion de no comunicar nada de su contenido, para no dar á conocer unas esperanzas que hasta entónces ella misma habia considerado como extravagantes, y que como todos los proyectos de los hombres estaban sujetas á ser desconcertadas.

Encontró á la superiora y Sor María sen-

tadas bajo un arco medio arruinado y cubierto de yedra. ¡Jesus! mi querida Miss, dijo esta última, yo he creído que jamas volveriais! Nuestra buena madre me ha detenido aquí á pesar mio, aunque le haya dicho veinte veces que las tortas que he hecho para el té estarian quemadas, y que durante el tiempo que leiais la carta de Lord Mortimer, podia muy bien iroslo á decir. El regreso de Amanda volvió la libertad á la impaciente Sor María, y se fué. La superiora arrojó una mirada penetrante sobre su jóven amiga, reparó que habia llorado, y distinguió que sus lágrimas habian sido de alegría. Ella tenia demasiada delicadeza y discrecion para preguntar á Amanda cual era el motivo; pero le tomó de lo mano, y la apretó teniendo valor de decirle: véo, mi querida hija, que habeis sabido alguna cosa agradable, y mi corazon está simpático con el vuestro, tanto en vuestra alegría como en vuestro dolor.

Amanda contestó á la buena superiora con el mismo sentimiento y la misma expresion, dejando correr algunas lágrimas. Sor María vino luego á llamarlas para comer las tortas calientes que habia hecho para tentar á Amanda á que tomase alguna cosa sólida. Toda la comunidad estaba junta tomando el té, cuando entró el médico. Amanda se puso colorada, y afectó

seriedad al verle; pero él se chanceó ligeramente sobre su gravedad; y cuando la superiora y religiosas se hubieron retirado, segun su costumbre, para sus oficios de la tarde, le dijo que temia no hubiese puesto bastante atencion en lo que contenia el libro que le habia traido el dia anterior. Amanda conoció por el tono con que le hablaba, que estaba instruido de sus relaciones con Mortimer, y por consiguiente le contestó, que si él conociese los motivos que tenia para portarse así, no lo desaprobaba, y despues añadió, que detestaba todo género de extratagemas, y que le sabia mal que hubiese empleado uno con ella.

El doctor contestó que no se haria jamas escrúpulo alguno de emplear un extratagama para llegar á un buen fin; que Lord Mortimer era el jóven mas amable que jamas hubiese conocido; que habia ganado su corazon y le deseaba todo bien. El me ha empeñado, continuó, en imaginar un pequeño artificio á fin de hacer pasar á vuestras manos su carta. Cuando le he visto con tanta pasion é inquietud por vos, no habiendo tenido aun tiempo de conoceros por mí mismo, he creído sobre su palabra en las gracias y virtudes que os atribuia; pero despues he visto muy bien que en efecto las poseeis. Vos os sonreis, y vuestras miradas parecen decir-

me que yo soy un adulator. No, Miss Fitzalan, os lo juro. Os creo realmente digna de Lord Mortimer, y os aseguro que hablándoos así, os hago el mayor cumplimiento que haya hecho á muger alguna. Yo le he hallado consumido de dolor: me ha confiado sus inquietudes y sus penas, y despues de haberlo oido, he orado tar devótamente como puede hacerlo el mejor cristiano por vuestro restablecimiento, y para que todas vuestras aventuras acaben como una comedia, por un buen casamiento.

Vuestros deséos son muy corteses, le dijo Amanda sonriéndose. A fe mia, dijo él, que son sinceros, y no me acuerdo haber estado mas mortificado por un siniestro suceso, que cuando he visto que las cosas no corrian bien entre vos y Milord; pero yo no desespero. En todas mis penas, de que el cielo me ha dado mi parte, he visto las cosas siempre por el lado halagüeño, y con el mismo aspecto las veo para mis amigos. Yo espero veros establecida en Carberry-Castle dueña de la casa, y á mí vuestro primer médico. Este recuerdo de un suceso tan lejano y tan incierto en el concepto de Amanda, la turbó mucho: ella se puso pálida y colorada alternativamente, y dejó ver á su doctor, hombre de bien pero un poco hablador, que habia tocado la cuerda sensible. El

mudó de conversacion; y cuando la vió mas tranquila, se levantó para despedirse. Amanda le detuvo un momento para hacerle recibir un billete de diez guineas; pero él estuvo inflexible, y le dijo con alguna dignidad, que hasta que la enfermedad de que el corazon de Mortimer estaba afecto estuviese aliviada, no recibiria honorario alguno de sus visitas, y que él las continuaria de tanto en tanto, por encargo que tenia de cierta persona de atisbar lo que pasaba en el recinto de los muros de Santa Catalina.

A la mañana siguiente Amanda se ocupó en sus asuntos. Dió á la comunidad treinta guineas, las cuales tuvo mucha dificultad en hacércelas aceptar; pero cuando les habló de pagarles una pension para lo sucesivo, manifestaron que no lo consentirian, despues de haber sido pagadas tan liberalmente de los gastos que les podia haber ocasionado. Ella les contestó, que si no le permitian pagar su manutencion y su hospedage, las dejaria aunque á pesar suyo; asegurándoles por otra parte, que se hallaba en estado de hacer este gasto.

En fin se convinieron que le pagaria su pension de cuarenta libras esterlinas cada año, suma considerable respecto á la frugalidad de su modo de vivir. Ella habia hecho trasportar al convento todo lo que habia sacado de la casa de su padre, y

todo cuanto le pertenecía, é hizo poner en una grande arca todo lo que no necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender en Dublin su harpa y su guitarra; pero se determinó á guardarlas hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad, y proveer á sus necesidades. En fin resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en ménos estado de combatir.

CAPITULO VI.

EL vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su padre: al pesar que tenia de su pérdida, se mezclaba la idéa deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuasion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver des-

de lo alto lo que pasa en este mundo, su padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento en Lord Mortimer; pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que Lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado; y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entretener estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas. Dueña absoluta de su tiempo y acciones, leia, trabajaba y paseaba á su voluntad, quando y como queria. Ella no se alejaba mas allá del recinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido valor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante extenso para proporcionarle largos y variados paseos; y en la calma de la tarde, quando solo se oia el balido de las rebaños y el ligero zuzurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magistuosas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces